

A la sazón se hallaba en toda su fuerza la guerra civil de los siete años, y el pobre joven había corrido á la lucha muy convencido de que mostrando un valor heroico subiría como la espuma y llegaría en breve á los primeros puestos de la milicia.

Fué un héroe, en efecto, pero esto sólo sirvió para hacerle ver que no tan fácilmente se conquistan un nombre y una posición, que no era tan sencillo como creyó en un principio llegar adonde ambicionaba contando sólo con el mérito propio.

Pasaron meses y meses. Pablo escribía de cuando en cuando dando cuenta de sus adelantos y sus esperanzas: á fuerza de repetidas hazañas había llegado á sargento primero y estaba próximo á ascender á oficial, lo que abría á sus ojos nuevos horizontes, pues desde este punto esperaba que su carrera fuera más rápida.

Pero entretanto en el pueblo tenían lugar sucesos muy desagradables para él.

Los muchos jóvenes que pretendían á Pilar y habían estado contenidos por sus relaciones con Pablo, se apresuraron á manifestarla su amor cuando éste se ausentó; la joven aceptaba gozosa la expresión de su cariño, con horrible crueldad les hacía confiar en un porvenir de ventura, y así que el apasionado adorador hablaba de matrimonio, acogía sus palabras con la más insultante ironía y lo despedía con sin igual sarcasmo. Tras de aquel venía otro, repitiéndose siempre la misma escena. Juntos la maldecían;

y sin embargo la seguían adorando, esclavizados por el poderoso influjo de su hermosura. En todas las casas había un desgraciado herido por la crueldad de Pilar, y las familias la aborrecían; pero ella se reía con criminal impavidez de los efectos destructores de su hechicero rostro.

Hasta aquí no había en realidad nada serio para Pablo, puesto que ella, aunque prometía, no cumplía nunca; mas como el tiempo avanzaba y veía que su prometido no subía todo lo de prisa que deseaba, la joven se cansó al fin de esperar y resolvió aprovechar la primera ocasión que se la presentara de satisfacer su ambición sin aguardar la lejana elevación de Pablo.

La desgracia hizo que fuera por entonces á pasar una temporada en el pueblo un dandy de Madrid, guapo, elegante, distinguido, con ese baño de seductor encanto que sólo se adquiere respirando la atmósfera de la española corte; rico, según aseguraba, de elevada posición, gallardo y simpático por todos estilos.

Vió á Pilar, y admirado de una hermosura á la que no había conocido igual á pesar de sus muchos viajes, se apresuró á ofrecerla sus galanterías; tras ellas llegó bien pronto la pasión, sintió un deseo irresistible de hacer suya á aquella hermosa mujer y de sacarla de la obscuridad en que yacía, y la declaró su amor.

¿Qué más hemos de decir? Pilar lo creyó el hombre

que había soñado para que la introdujera en el gran mundo, se vió ya en Madrid deslumbrando con el brillo de su belleza, y aunque quiso resistir recordando su solemne juramento y lo que por ella había sacrificado Pablo, aunque luchó algunos días, al fin la imagen del oscuro joven se fué borrando para dar paso á la seductora del galante cortesano, y venció su deseo de exhibir los soberanos encantos que debía al Supremo Artífice.

— Puesto que soy reina de hermosura — se dijo, — debo sostener dignamente el cetro y no abdicarlo por una necia debilidad del corazón. Los reyes ¿no lo posponen todo á la razón de Estado? Yo debo posponerlo al interés de mi belleza, ávida de admiradores. ¡Fuera absurdos escrúpulos! Dios no ha creado la hermosura para que esté obscurecida, y juro que no seguiré en esta humillante situación suceda lo que sucediere.

Después de tal soliloquio no luchó más, puso su porvenir en manos del hombre que la fascinaba, y éste la pidió á su padre en matrimonio.

El anciano concedió su autorización vencido por las súplicas de Pilar, que se esforzaba en probarle que esperar á Pablo era una locura, y la boda quedó acordada. Mas ¡ay!, allí no existía la llama purísima de un amor eterno. El joven se casaba seducido, electrizado por la hermosura de Pilar; ella casábase atraída por su irresistible deseo de brillar en el gran mundo.

IV

Pablo seguía exponiendo su existencia tranquilo y confiado, sin recelar la indigna traición de que iba á ser víctima; en medio de las mil privaciones y azares de la vida de campaña se sentía feliz acariciando sus dorados sueños de futura felicidad; pero la horrible realidad vino bien pronto á despertarle. Casualmente fueron á engrosar las filas de su compañía varios mozos del pueblo, á los cuales se apresuró á preguntar por los seres que le eran queridos, pues el mal estado de las comunicaciones hacía que supiera de ellos muy rara vez. Las noticias no pudieron ser peores: su madre, enferma desde su marcha, se encontraba de gravedad, y Pilar estaba en vísperas de casarse olvidando su amor y sus juramentos.

Pintar el dolor del pobre joven que veía de pronto inútiles todos sus sacrificios y muertas sus esperanzas sería imposible. La cólera, la desesperación, el despecho, todas las pasiones exaltadas trastornaron su cerebro y le quitaron el uso de la razón.

— Puesto que ella me ha perdido — se dijo, — me acabaré de perder y correré á impedir la infame traición matando á los dos miserables.

No se encontraba lejos del pueblo, y cogiendo su morral abandonó su puesto sin temor á los rigores de la justicia militar: corrió horas y horas impulsado por el vértigo y sin tomar alimento ni descanso, y llegó

al pueblo, muerto de fatiga, aún más exaltado por el cansancio físico.

Encontró su casa desierta; interrogó, trémulo de ansiedad y de temor, á las vecinas, y éstas le hicieron saber que su madre ya no habitaba allí, sino en el cielo; que su hermano no se hallaba en la casa en aquel momento y que Pilar se casaba al día siguiente. Pablo lanzó un rugido de rabia feroz, oprimió la cabeza entre sus crispadas manos y voló á la casa de su Pilar gritando:

— ¡Por ella, por ella todo! ¡Oh! ¡Maldita sea!

Era de noche ya; así que se encontró frente á la casa de su verdugo, se ocultó entre las sombras con el instinto de la fiera que acecha su presa y observó. No tardó en percibir una figura de hombre que se movía ante la reja de Pilar y oír el rumor de una conversación muy seguida; el joven estaba completamente trastornado y no dudó un solo instante; desnudó su sable, y cayó como un rayo sobre el de la reja, gurgurando:

— Ahora hago justicia en él; luego será en ti, miserable perjura.

Y antes de que el atacado pudiera defenderse ni pronunciar una palabra, sepultó el arma en su pecho. Se oyó un grito de terror y otro de muerte: el primero lo arrojó Pilar, que cerró presurosa la ventana; el segundo el hombre que con ella hablaba. Al oírlo Pablo se estremeció, pasó su mano por la frente cual si quisiera alejar el vértigo que lo cegaba, y se arrojó

sobre el herido; había creído reconocer su voz. Miró su rostro y un rugido de desesperación brotó de su pecho.

— ¡Mi hermano! — articuló, — ¡y yo le he muerto!

En efecto, era su único hermano, un hermoso adolescente; el pobre muchacho, después de llorar á su madre, había ido á pedir á Pilar que tuviera compasión de su hermano y no lo hiciera pasar por el dolor de verla de otro.

Habiendo encontrado otras veces la puerta cerrada para él, acudió á la reja y se valió de un subterfugio para hacerla salir y que escuchara sus súplicas.

Tras de aquel grito de dolor, Pablo se alzó terrible, enérgico, extendió sus brazos hacia la morada de Pilar y exclamó:

— Hermoso arcángel del mal, infame verdugo de mi familia, juro que te arrancaré la fatal belleza con que me has enloquecido y por la que me haces traición.

Luego se arrodilló junto á su hermano, lo estrechó con delirio entre sus brazos, cogió sus manos, palpó su frente: estaba yerto; puso su oído junto al corazón: no latía. Entonces el infeliz joven lanzó un grito tan desesperado que á su eco todas las ventanas se abrieron, giró sobre sí mismo, oprimió su frente como si sintiera en ella un dolor agudo, y se desplomó sin sentido sobre el cadáver de su hermano.

Cuando el desdichado volvió en sí, sólo era un pobre loco.

Este triste suceso produjo terrible impresión en el pueblo; los dos hermanos eran muy queridos, y la aversión que Pilar inspiraba se aumentó. Ella pareció algo conmovida al principio y aplazó la boda; mas luego siguió preparándolo todo para el trascendental acontecimiento, sin ocuparse nunca del pobre loco.

En cuanto á Pablo, tuvo los primeros días accesos tan furiosos que las buenas gentes que le cuidaban se vieron obligadas á encerrarle; pero bien pronto se calmó y su locura quedó reducida á una especie de imbecilidad. Seguía diciendo que se vengaría de Pilar despojándola de su fatal belleza, no conocía á nadie y reía continuamente sin saber por qué.

V

Llegó en tanto el día marcado para el enlace de la vil mercader que con su hermosa figura comerciaba; dos horas antes de la prefijada para la ceremonia, entró Pablo por vez primera desde su marcha en casa de Pilar, se precipitó en la sala donde ésta se encontraba con su padre y su futuro, y parándose ante la joven exclamó como si se sintiera iluminado por un rayo de razón:

—¡Miserable, que has convertido las envidiables dotes con que te favoreció el Hacedor Supremo en arma terrible de destrucción y muerte! Tú me has perdido, me has destrozado el corazón, me has dejado sin hogar, sin familia, sin un amante seno donde re-

clinar mi cansada frente, y me voy á hacer intérprete de la justicia de Dios para que pierdas lo que tan insensato orgullo y cruel dureza te ha inspirado. Tiembla ante el castigo que te aguarda.

Todos lo miraban sonriendo con burlona calma; creían irrealizables sus amenazas. Mas rápido como el pensamiento se arrojó sobre la joven y derramó en su rostro el contenido de un frasco que llevaba oculto. Pilar lanzó un grito de dolor, llevó sus manos al rostro y cayó en tierra sin sentido. El loco prorrumpió en una larga carcajada; el padre acudió en socorro de su hija, y el amante se lanzó sobre el agresor y le sujetó con fuerza; pero éste lo arrojó al suelo merced á un violento empuje, y huyó.

Se declaró en Pilar una horrible fiebre que duró muchos días; así que cedió y pudo pensar, se miró al espejo: estaba espantosa. En su abrasado rostro no quedaban ni señales de la pasada belleza; sus pobladas cejas habían desaparecido, sus largas pestañas no sombreaban ya su cutis antes de raso y á la sazón convertido en una masa informe, y fué tal su terrible dolor, que la fiebre volvió de nuevo aún más violenta. Ella que no había jamás pensado en lo deleznable que son las grandezas humanas, ni meditado que la belleza, la riqueza, todo pende, como nuestra vida, de un hilo que Dios tiene en su divina diestra y que se rompe cuando su voluntad lo quiere, no alcanzaba á comprender cómo había desaparecido en un instante su soberbia hermosura, y cuanto más el tiempo avan-

zaba, más crecía su sombría desesperación. Sin embargo, aún no sabía todas las amarguras que la esperaban.

El elegante madrileño que por vanidad se casaba con la que recibía el homenaje de la general admiración, no se encontraba dispuesto á dar su mano á aquella horrible y repulsiva mujer. Si en ella hubiese amado las cualidades morales, nada le hubiera importado la fealdad del rostro; pero Pilar sólo se hacía adorar por su hermosura; extinguida ésta, acababa el culto. Así se lo manifestó al verla buena. Ella lloró, suplicó, en vano todo; su prometido huyó sin dirigirla una palabra de afecto. Entonces quiso atraer á los jóvenes del pueblo; á éstos les había pasado como al bello cortesano: con la hermosura del ídolo habían sentido evaporarse la ardiente pasión que los subyugó, y Pilar no tuvo en su amargura ni el consuelo de una amiga ni el cariño de un hermano.

Sus antiguos adoradores fueron á verla, y aunque nada la dijeron por compasión, en sus sonrisas desdeñosas leyó la alegría que su desgracia les causaba, el placer del rencor satisfecho, y en sus ojos expresivos: «Lo que te pasa es obra de la justicia de Dios.»

Entretanto su padre había sufrido pérdidas considerables, los años habían sido malos para el labrador, y lentamente fué bajando hasta el punto de tener que vender la casa que habitaban; se vieron obligados á reducirse á un pobre cuartucho, y allí murió poco después el buen anciano, no pudiendo resistir al dolor

que la desgracia de su hija y su ruina le causaran. Pilar, que se vió sola en tan terrible desventura, hubo de pedir recursos á sus antiguos amigos; mas todas las puertas las encontraba cerradas.

— No esperes nada de nosotros — la decían, — porque has sido siempre implacable. Ve ahora á destrozar con tu orgullo el corazón de nuestros hijos. Mira tu rostro y comprenderás la justicia de Dios. Él te ampare.

Iba á otra parte y le repetían lo mismo con distintas palabras. Entonces, al ver á sus antiguos pretendientes vivir felices al lado de sus buenas esposas, que aunque no tan lindas como ella lo fué, poseían la belleza del alma, lloró amargamente su pasado extravío, y deponiendo su orgullo, resignóse á vivir de la caridad de los vecinos que habitaban las posesiones inmediatas, á quienes tuvo que recurrir.

Cuando el loco y la mendiga se encontraban, el primero la miraba, sonreía con horrible placer y seguía su camino. Pilar bajaba los ojos y por sus mejillas se veían correr abundantes lágrimas de arrepentimiento.

.....

He aquí, lectora, la historia del loco y la mendiga del pueblo de C... Ella nos demuestra que la belleza física es nada si no la acompaña la del alma, y que la justicia de Dios no deja sin castigo ninguna falta.

Alejad de vuestro corazón, mis lindas lectoras, el deseo inmoderado de apurar la copa de la lisonja sa-

crificándolo todo por llevarla á los labios, y seréis felices; que la mujer que á la hermosura reúne el recto criterio, la sensatez, la bondad y la modestia, es el ser más adorable y más admirado.



- ¡Valor! - añadió haciendo un esfuerzo y levantándose á abrir la puerta

QUIEN SIEMBRA, COGE

I

Era una espléndida mañana del mes de mayo, de serena atmósfera, de embriagador ambiente, de radiante cielo y vivificante sol. En tan encantadora mañana y en el frondoso jardín de un suntuoso palacio de la calle de Fuencarral vamos á encontrar, entre las variadas y preciosas flores que el jardín embellecían, una mil veces más linda, aún más deliciosa, de más puros colores y delicado aroma; era una preciosa niña de trece años que sola y alegre corría de calle en calle co-